

## Para empezar

Breve introducción de un temario inabarcable

No sé en qué instante, tras la fecundación del ovocito por el espermatozoide, el prodigio se convierte en un hijo o una hija para su madre y su padre. En mi caso, soy padre y, por lo tanto, educador, desde el día en que mi hija mayor, a quien adopté cuando ella tenía once años, su madre y yo empezamos a vivir a tiempo completo en la misma casa.

No fue una adopción convencional, ya que madre e hija llegaron juntas a mi vida, pero a partir de la mudanza de la última caja una nueva vida empezó para mí y para todos nosotros. Así, de buenas a primeras, me convertí en padre *de facto*. Y descubrí que la responsabilidad de pasar a ser la principal referencia masculina para una niña pequeña me había pillado totalmente desprevenido.

Dentro de los posibles, mi aterrizaje en ese territorio desconocido no fue tan accidentado. Por de pronto, mi hija podía hablar: podía decirme lo que le dolía, lo que quería o lo que no le gustaba. Eso me simplificaba mucho la toma de decisiones. Y, más importante aún, cuando me encontraba un poco perdido en mis nuevas funciones con ella (por ejemplo, a la hora de acompañar sus estados de ánimo), su madre ofrecía la garantía de más de once años de experiencia.

Mi sensación de alivio ante unas obligaciones que me parecían inmensas era fruto de que yo me iniciaba en ellas, por inobjetables razones históricas, en calidad de copiloto: esencial solo en caso de ausencia de la comandante. En mi caso, esta subordinación podía convertirse en una excusa para no ser el primero en pensar en las necesidades de mi hija.

Pero, también, yo sentía la exclusión de “haber llegado tarde” a su vida y era consciente de que eso me colocaba sin remedio en un puesto de menor peso y utilidad. Con el tiempo, imaginaba, ya

sumaría más horas de vuelo con ella y podría compensar ese déficit.

Si bien a menudo sentía la vergüenza que puede acarrear la ineptitud, consideraba que mi ignorancia en casi todos los temas relacionados con alguien a quien apenas empezaba a conocer estaba plenamente justificada. Yo quería ser responsable de su cuidado y bienestar, pero la mayor parte de las veces pensaba que la mía era una *responsabilidad delegada*. No se me ocurrió entonces, pero ¿no era mi papel de copiloto muy similar al que han interpretado tantos padres, adoptivos o biológicos, desde tiempo inmemorial?

Pronto surgieron los momentos emocionantes que suceden en cualquier familia. Y entonces vi que una cosa eran las teorías que yo, en la abstracción de mi mundo ideal, podía haber tenido acerca del amor por los hijos, de la comunicación y la disciplina en el hogar, de los principios morales que me gustaría transmitir, de las obligaciones que conlleva una familia o del sentido de ser cuidador principal... y otra muy distinta era vivir la experiencia *concreta y física* de esos temas, tal como se despliegan en el día a día con niños.

¿De qué manera son experiencias distintas? Eso me lo definió con un gran poder de síntesis una vecina en el mercado de Prosperidad, en Madrid, cuando le comenté que esperábamos un segundo hijo para el verano. “Pues con niños pequeños”, me dijo con una mueca fatalista, *“hay que currar mucho más”*.

Si mi casi instantánea paternidad adoptiva me había supuesto algunas turbulencias emocionales, con la llegada de nuestro segundo hijo mi fuselaje se sacudiría mucho más. No digo con esto que la crianza de un bebé sea más o menos compleja que la educación de una preadolescente, o que un hijo adoptado constituya un desafío mayor o menor que uno biológico. Cada caso es distinto. Lo que me llamó la atención es que, otra vez, tuve aquella sensación de “haber llegado tarde” a la vida de mi hijo y que mi papel, esta vez en la crianza más temprana, volvía a ser de copiloto.

Además, aquellos conceptos (amor, comunicación, disciplina, principios morales, responsabilidad, sentido de la paternidad, etc.) a los que me había asomado con tibieza con mi hija mayor, con el pequeño tenían el relieve y la temperatura de lo visceral.

Con él llorando en mis brazos sentí una ignorancia aún más angustiada que diciéndole a la mayor que no podía encontrarse con sus amigas hasta que no acabase sus deberes. Fueron esas experiencias educativas urgentes, de padre primerizo en dos registros simultáneos, las que encendieron la mecha de los aprendizajes que ocupan estas páginas.

Empecé a escribir anécdotas y me di cuenta de que estaba ávido de datos sobre cómo educar a mis hijos. A los modelos de paternidad que recordaba de mi infancia, ahora les sumaba otros de un espectro más amplio: heterosexuales y homosexuales, en pareja y separados, con hijos biológicos, adoptados, cofamiliares y acogidos de relaciones anteriores, en familias monoparentales y de múltiples nacionalidades. Y a mi alrededor notaba que una educación más permisiva con los niños ponía en entredicho algunos enunciados de la férrea disciplina de mi niñez. **La paternidad me ponía ante una disyuntiva: repetir o revisar mi herencia.**



Tu versión de la educación ha caducado.

CONTINUAR  
COMO SI NADA

ACTUALIZAR

A la vez, descubrí que las obligaciones que imponen los bebés tenían reglas propias y, ¡oh sorpresa!, eran, a los ojos de la sociedad, marcadamente diferentes según se tratara del padre o de la madre. El contraste entre los roles masculinos y femeninos “tradicionales” en el cuidado de los peques (que yo empezaba a repetir sin ponerlos en duda) fue una llamada de atención que, más que invitarme, me *obligaba* a reflexionar. Los hijos, y muy destacadamente durante sus primeros años, ponen el concepto de

*igualdad* sobre la encimera de la cocina y a ver quién lo ignora.

Por de pronto, yo no podía ignorar el punto de vista de mis apuntes: llevaban en su médula el privilegio del ciudadano metropolitano occidental de piel pálida, con educación universitaria y cromosoma Y. Esas prerrogativas, mucho más que por ese cromosoma en sí, se me dispensan porque no soy padre en un vacío. Formo parte de un tejido social provisto de todo tipo de precondiciones y letra pequeña en relación con *lo que se espera* de los hombres y de las mujeres. Y me di cuenta de que en el cuidado diario de los niños se espera mucho menos de nosotros; ya es bastante si somos copilotos medianamente motivados.

Por si yo no hubiese sido tan consciente de estas desigualdades, nuestro hijo menor, con cinco años, nos dijo: “Yo de mayor voy a tener novia”. “¿Ah, sí?”, le contesté atónito. “¿Por?”. “Para que lave los platos”, fue su respuesta. Su madre y yo nos miramos con una mezcla de risa y espanto. ¿Ese mensaje estábamos transmitiendo? ¡Teníamos que ponernos a corregir esa percepción tóxica con toda urgencia! Y yo debía ser mucho más consciente de las connotaciones de género que acarrear la crianza y la educación infantil.

Porque a partir de la llegada de mis hijos, cada uno por un camino diferente, en nuestra casa emergió un orden social considerablemente más complejo: sin contar a nuestra gata, éramos cuatro individuos con idénticos derechos, pero con distintas edades, educaciones, identidades, responsabilidades y capacidades para acceder a los recursos de supervivencia con autonomía. Entonces, ¿cómo se administra con justicia una minisociedad de esas características? La pregunta no es retórica porque las vivencias de ese microcosmos doméstico, con sus aciertos y errores, son las que nuestros hijos se llevarán consigo y utilizarán como base para construir su propio mundo.

Entre lo que se llevarán destaca lo que a menudo denominamos “valores”. Y si estamos atentos, veremos que estos aprendizajes fundacionales tienen lugar cuando ellos son muy pequeños, es decir, cuando los hombres estamos, por regla general, más ausentes de

sus vidas. Por supuesto que los niños continuarán asimilando sus propios valores hasta el fin de sus días, pero la matriz según la que los aprenderán se crea en la primera década de vida y principalmente durante los primeros tres o cuatro años.

La base de sus nociones acerca de la **seguridad**, de su **pertenencia** a su familia y a la sociedad, de la **igualdad** de derechos de la mujer y del hombre, de los **límites** que definen su **libertad**, de la **justicia**, del **respeto** a uno mismo, a los demás y a la diversidad de la que son parte, y de la autorregulación de sus **emociones** (particularmente el reconocimiento de sus **miedos** y la administración de su **rabia**), se forjan, más o menos, durante los primeros diez años de vida. Además, en ese período los niños aprenden la importancia de la **colaboración**, del **cuidado** de sí mismos, de otras personas y del mundo en el que viven, y de la **empatía** con sus semejantes (sobre todo los más vulnerables). Los capítulos que siguen proponen algunos argumentos que sustentan esta tesis.

A la vez, todos, pero en especial los hombres, necesitamos tomar conciencia de los inestimables aprendizajes que los pequeños nos pueden ofrecer *a nosotros*. Porque ya sea cuando vemos versiones edulcoradas de la vida en familia en la tele o cuando oímos que el cuidado de los niños es una esclavitud desagradecida, el mensaje dominante es que es responsabilidad primordial de las mujeres. No es frecuente, en cambio, la difusión de las posibles consecuencias de que los hombres, ya sea por decisión propia, por circunstancias impuestas o por inercia cultural, nos mantenemos más o menos ajenos a las experiencias de la crianza y la educación temprana.

La paternidad como fenómeno único no existe: será distinta si es biológica o adoptiva, en pareja (heterosexual u homosexual) o en solitario, con dos empleos fuera de casa, con uno solo o sin trabajo, en el campo, en el pueblo o en la ciudad, con relevos o sin ellos, con un hijo, dos o con familia numerosa, con o sin hijos cofamiliares, bajo el dictado de dogmas religiosos o sin ellos, a los 18 años o a los 50, etc. Como me recuerda la psicóloga Yolanda Bernárdez, es más realista hablar de “maternidades” y “paternidades”.

Pero aun en esa diversidad, mujeres y hombres podemos acceder a una serie de aprendizajes, sobre los niños y sobre nosotros mismos, generalmente comunes a todos los casos. No es fácil recoger estas enseñanzas, porque el cuidado de los pequeños tiene el poder de avasallar nuestras vidas con urgencias inaplazables. Demasiadas veces no tenemos tiempo para casi nada, menos aún para reflexionar sobre cómo queremos criarlos y educarlos. ¿Es extraño entonces que tantos comandantes y copilotos conectemos el piloto automático con los niños, repitiendo irreflexivamente los modelos educativos que heredamos?

•••

Este libro es una invitación al debate acerca de las enseñanzas desaprovechadas de un cuidado infantil en piloto automático y de las consecuencias colaterales que conlleva el supuesto rol masculino de copilotos en la educación temprana. Pero no es posible mirar la figura de los padres sin mirar a los niños. Y aunque probablemente sea un síntoma de locura aspirar a tratar los temas fundamentales de la crianza y de la educación desde un punto de vista masculino en un solo volumen con menos páginas que *En busca del tiempo perdido*, este libro lo intenta.

Con ánimo de acotar el fracaso de abarcar aquí un temario inabarcable, el texto **se ciñe a algunos de los aprendizajes de los niños durante sus primeros diez años de infancia**, aunque muchas de estas ideas son aplicables también a preadolescentes y adolescentes. Y en cuanto a las enseñanzas que la crianza y la educación nos ofrecen a los adultos, pone el foco en **el vínculo de los hombres con los niños, ya sea en la familia o fuera de ella, como metáfora del papel de los hombres en la sociedad**.

La hipótesis que emerge de estos capítulos es que muchos de los mayores males de nuestra sociedad actual tienen su origen en una relación disfuncional entre los adultos, especialmente los hombres, y los niños. Por ello, el libro está dirigido principalmente a padres, madres y educadores, pero también a abuelos, madres de día, canguros y monitores, que pasan buena parte de

su vida acompañando a bebés y a niños, ya sea en casa, en guarderías o en escuelas y colegios.

Estas reflexiones son producto de mis experiencias con mis hijos, complementadas por mis años como educador de niños de todas las edades en escuelas municipales de idiomas. Además, se nutren de los casos que hemos visto en la consulta para parejas con hijos, junto con Marisol Vázquez, terapeuta del Centro Terapéutico Gaztambide 17, en Madrid. Con esta base de datos, aunque puedo ver los rasgos comunes que comparten, los niños me recuerdan que cada uno y cada una son criaturas únicas y merecedoras de una atención “a medida”.

Y esto confirma lo que me dijo aquella vecina en el mercado de Prosperidad: con los pequeños hay que currar mucho más, porque cada uno es un mundo. Tal vez por esta razón, en una sociedad proclive a las políticas de tarifa plana, que glorifica el ocio, rinde culto a la imagen, promueve las ideas descartables y estimula la gratificación instantánea, dedicar años de sacrificios a descubrir y cultivar la individualidad de los niños no tenga mucho tirón de marketing. Pero las recompensas llegan, precisamente, gracias a que padres, madres y educadores asumimos ese compromiso.

Un compromiso que, al menos en el día a día con niños, es muy asimétrico entre hombres y mujeres de prácticamente todo el mundo. La corrección de estas desigualdades, en casa y en la sociedad, bien puede ser la próxima revolución educativa. Porque desde la maduración de nuestra responsabilidad individual como cuidadores y educadores podremos ser factores de una urgente transformación social: **cuidar y educar a los niños con respeto e igualdad es una acción política impostergable**.

Desarrollar una mayor conciencia de nuestros vínculos con los niños es apremiante porque ellos necesitan nuestro cuidado respetuoso ahora mismo, pero también porque, nos guste o no, todos los adultos que pasamos tiempo con niños somos inevitablemente sus maestros. Con nuestros hechos y omisiones, estando presentes o ausentes, somos una referencia obligada para

los pequeños, y los valores que les transmitimos suponen una responsabilidad insoslayable. No tenemos alternativa: todos estamos educando a la próxima generación.

A la vez, revisando mi historia personal, y tras hablar con muchos padres, madres y educadores, no es difícil ver la paradoja de que, aunque tengamos una vida entera de experiencia con niños, siempre somos maestros aprendices. Mis hijos, mis alumnos y los niños en general me enseñan constantemente, y me recuerdan que yo no dejo de ser un principiante. Con ese descubrimiento, el cuidado y la instrucción de mis hijos y de mis alumnos están repletos de lecciones de humildad. **Más que la transmisión de conocimientos, educar es contagiar el gozo de aprender.**

Este camino de aprendizaje nos puede ayudar en un emprendimiento intrínsecamente humano, como es encontrar el sentido de la vida. En mi búsqueda sin fin, mis hijos y mis alumnos me ayudan a descubrir el significado de ser padre, educador y, por añadidura, de ser un cooperante activo en la sostenibilidad de este planeta tan frágil. Esa cooperación se expresa en dos acciones, tan necesarias en la escala doméstica como en la global: educar y cuidar.

¿Cómo transmitir mi gratitud a mis pequeños maestros? Tal vez ese sea el impulso esencial de este libro: devolverles por escrito las enseñanzas que me regalaron, con la esperanza de contribuir a su propia búsqueda.

Madrid, 27 de febrero de 2019

*“Si vamos a enseñar a vivir verdaderamente en paz,  
debemos comenzar con los niños”.*

Mahatma Gandhi

*“Si una comunidad valora a sus niños,  
deberá valorar especialmente a sus padres y madres”.*

John Bowlby